



Artículo: La responsabilidad social del historiador

Autor(es): Matute, Álvaro

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 80

Año: 2007

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Matute, Álvaro. "La responsabilidad social del historiador

" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 80 (2007): p. 2-5. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3586>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

La responsabilidad social del historiador

Álvaro Matute*

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Investigar, enseñar y divulgar. Ésas son las tres acciones a desempeñar por parte de quienes deciden dedicar su vida al estudio de la historia. Soy historiador porque investigo y lo hago para comunicar mis hallazgos a mis semejantes, según se me presenten en el aula o como público interesado en el saber histórico.

A lo largo de los siglos, las sociedades a las que han pertenecido y pertenecen los historiadores son las que condicionan las preguntas que éstos le hacen al pasado. Es extraño que no suceda así, a pesar de la multiplicidad de inquietudes que manifiestan los historiadores cuando deciden lo que habrán de escudriñar. Johann Gustav Droysen se refirió a la *pregunta investigante* como aquello que guía el impulso de quienes habrán de emplearse en archivos y bibliotecas en busca de noticias, datos, fragmentos, hechos, restos que les permitan arquitecturar una reconstrucción lógica y congruente de algo que sucedió y que no puede ser ni repetido ni reproducido tal y como ocurrió. El historiador reconstruye y selecciona, rescata elementos y cubre omisiones, pero todo ello por virtud de ser un ser social que expresa su tiempo y circunstancia, tanto en lo que le dicta su psique como lo que su entorno le demanda. Ya se ha dicho mucho cuáles son los elementos que condicionan la razón de ser de las preguntas, principiando por la insatisfacción que produce un tipo de saber que, o no está completo o no tiene lógica, entre otras cosas. Entonces se va en busca de la satisfacción, sí, como un acto producto tanto de la individualidad egoísta como del sentimiento de pertenencia a la sociedad.

La gran pregunta no deja de ser ¿para qué hacen historia los que la hacen/hacemos? Las respuestas pueden llenar páginas, no es una sola sino muchas, y esa multiplicidad puede ir desde la razón más egoísta posible hasta el desprendimiento altruista mayor que pueda concebirse. Y dentro de este último, puede haber el desinterés de sólo contribuir al conocimiento, o sentar con él las bases de hacer *tabula rasa* del pasado. La amplitud es tal que de ella están llenos muchos libros de historiografía y teoría y método de la historia. Sin embargo, hay algo que

* Discurso pronunciado el 17 de mayo de 2007 al recibir la Medalla al Mérito Histórico “Capitán Alonso de León”, que otorga la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, en el Museo de Historia Mexicana de la ciudad de Monterrey.

mismo tiempo, otro español expulsado de su patria por la guerra civil, Ramón Iglesia, protestaba ante el hecho de que se escribiera para “media docena de colegas”. Hoy en día vivimos una crisis avizorada por esos dos maestros del exilio español. Se produce con calidad y abundancia, pero sucede lo que con la distribución del ingreso: la brecha entre pobres y ricos se hace cada vez más grande: los que saben, saben cada vez más —lo que por otra parte no es malo en sí—, mientras los que no saben se encuentran cada vez más alejados de saber al menos lo mínimo indispensable. Hace falta una mayor y mejor distribución de la riqueza, en general, y de la propia del saber histórico. La calidad de la enseñanza se deteriora a pasos agigantados. La sociedad de consumo no valora el conocimiento, y no le otorga la categoría de ser precisamente un bien de consumo. Y con la enseñanza deteriorada, la posibilidad de hacer partícipes del conocimiento histórico a más amplios sectores de la sociedad se antoja cada vez más difícil.

Labor quijotesca, pues, la de los historiadores que quisieran decirle algo a la sociedad que los formó y de la que son parte. El aumento en la calidad de la enseñanza —el segundo de nuestros quehaceres— es actividad deseable como fin en sí mismo. De realizarse en plenitud ganaríamos adeptos para que la educación fuera realmente continua, para que no fuera el saber histórico la medicina que no se vuelve a tomar una vez que sus efectos fueron alcanzados. “Ya pasé historia”, diría el estudiante de bachillerato satisfecho porque nunca más volverá a repetir una fecha o un dato. Qué importa cuál era el nombre completo de tal personaje, dónde y cuándo nació y ni pensar por qué se llama así alguna calle o el señor que la estatua de una plaza representa.

Cotejados con otros saberes, es posible preguntarnos qué se quiere que se sepa de la historia. Ciertamente no todos los egresados del bachillerato pueden desempeñarse de manera exitosa en los misterios del cálculo infinitesimal; contentémonos con elaborar estadísticas básicas que nutran con rigor cuantitativo nuestro sentido común. Tengamos de nuestra anatomía y fisiología el conocimiento básico que nos permita ser responsables con nuestro propio cuerpo y con la salud de los demás. No nos privemos del gozo de lo mejor y más universal de la literatura y las artes. El fin de su conocimiento no es alcanzar la erudición. Ella le está reservada a los estudiosos. Simplemente tengamos las claves de los conocimientos que reclama nuestra vida cotidiana, para elevar su calidad, la calidad de nuestra vida, que por ser nuestro patrimonio individual podemos hacer con ella lo que nos venga en gana. ¿Podemos realmente, o el ser responsables con nosotros mismos no nos envía a ser responsables ante los demás? De ahí la necesidad de educarnos, no para pasar asignaturas escolares, sino para vivir una vida más plena.

Los historiadores debemos buscar comunicación, atractiva y efectiva, con nuestro entorno, entre otras cosas, para hacerlo más nuestro, para saber qué tienen qué ver con todos la *Divina comedia*, la segunda ley de Newton o la invasión napoleónica a España en 1808.

Además de presentar los conocimientos de manera atractiva y persuasiva, también hay que hacerlo con honestidad intelectual. El ideólogo agazapado detrás de las trincheras de la historia se apresta a manipular la manera de comunicar los sucesos del pasado para crear adeptos de una causa, por cierto alejada de la historia. Alejada en el sentido de no ser entendida como un compromiso con la verdad. Cuando la ideología domina hay inautenticidad; cuando hay inautenticidad, hay irresponsabilidad. Y esto no es el sentido de la misión del historiador.

¿En qué radica éste? Justamente en expresar a su sociedad y en expresarle a su sociedad un conjunto de conocimientos que fortalezca la conciencia histórica colectiva. Es una misión ética, en la medida en que la ética debe estar implícita en la realización de la obra histórica para que alcance la dignidad de ser historia contemporánea de su propio momento histórico, como quería Croce.

Investigar, enseñar y divulgar para fortalecer la identidad regional, nacional y humana de nuestros semejantes. Quien lo desempeñe así ganará tal vez no en la evaluación academizante, sino en la aceptación de una sociedad a la cual es menester alimentarle su demanda de conocimiento histórico y satisfacérsela de manera enriquecida.

Concluyo con la evocación de la *Cartilla moral* del ilustre regiomontano Alfonso Reyes, que resume una preceptiva ética fundamental con la que debemos normar nuestros actos, y con la frase anhelante del *Discurso por Virgilio*: “Quiero el latín para las izquierdas”. □

